



FUENTES TESTIMONIALES DE LA HISTORIA. EL PASTOR DE ANTAÑO



Juan Andrés Molinero Merchán
Doctor por la Universidad de Salamanca

LA FERIA DE NUESTROS PUEBLOS CONSTITUYE, claro está, un hito de reencuentro colectivo, material y simbólico. Una vuelta a encontrarnos no solamente con los nuestros personalmente –los dentro y fuera –, sino también con las tradiciones ancestrales, ritos y divertimentos al uso. Son momentos de alegría y contento que necesariamente celebramos con ilusión por razón de asueto, imprescindible en el tráfigo diario del trabajo, pero también por exigencia social inconsciente que nos arrastra hasta lo más nuestro. También es, aunque no se considera habitualmente con demasiada consciencia, una vuelta al pasado más remoto, que colabora mucho revitalizando el imaginario colectivo: reviviendo la Historia y hechos que nos dejaron nuestros antepasados. Las fiestas grandes de un pueblo son, por tanto, momentos de relevancia extraordinaria. Quede aquí nuestra felicitación más sincera, nuestros deseos de que la vecindad viva y disfrute de momentos gratos de diversión conjunta con los vecinos que han compartido mayormente nuestras vidas.

En el lapsus festero de Villanueva quisiéramos colaborar mínimamente en la distracción (si se tiene a bien) con algunos datos del requiebro de nuestro pasado. Lo hacemos en sentido jocoso y con planteamientos livianos; sin mayor interés que acercar retazos de nuestra historia con pluma suelta y sin exigencias graves de concepto ni profundidad.

La Historia es un eterno proceso de creación humana. En el mismo tenor cabe sentenciar, sobra decirlo, que constituye un proceso de autodescubrimiento. El pasado de Villanueva del Duque no difiere en lo esencial demasiado de otros pueblos, ni el estudio que representa el legado, pero también define rasgos de singularidad. Vivimos y construimos diariamente nuestra Historia desde hace siglos. La elaboración de nuestro legado lo realiza cada generación con materiales de pasado y presente que tiene a su alcance: documentos (archivo, administrativos, vestigios materiales...), metodologías, técnicas e instrumentos científicos y de estudio diversos. Cada momento requiere de nuevas versiones, que no suponen en forma alguna un borrado total de lo anteriormente considerado, sino un avance y asimilación hacia postulados distintos, intentando mejorar y profundizar lo conocido en diferentes formas. En reiteradas ocasiones he indicado que Villanueva del Duque tiene un pasado largo y dilatado en el tiempo (Antigüedad, Edad Media, E. Moderna, Contemporánea), muy copioso y significativo en todas ellas, con muchísimas aristas que conforman un legado extraordinario. La reconstrucción de ese puzzle histórico nos lleva irremediablemente a un análisis sin orden de continuidad, que requiere infinidad de estudios y miradas; infinidad de recursos y enfoques que paulatinamente hacen crecer nuestro espectro histórico.

En otras ocasiones me he referido –con mayor o menor aparato crítico– a momentos de la Historia de Villanueva del Duque (fiestas, arquitectura, monumentos y patrimonio cultural), abundando en las fuentes históricas (como la prensa escrita comarcal), que representan pilares esenciales de interpretación. En esta ocasión quisiera simplemente plantear, en términos sucintos, la importancia de las fuentes testimoniales, que no siempre se utilizan en Historia en los términos necesarios; al menos no se realiza con la amplitud que permiten con posibilidades anchurosas en todos los extremos. Dicho instrumento histórico constituye un pilar fundamental de la Historia, tanto las fuentes orales o documentación no escrita (fiestas, tradiciones...), que habitualmente utilizamos en la reelaboración histórica. En ocasiones se hacen recurrencias literarias de cierto atractivo (relatos del pasado, protagonistas, emociones..., etc.), que no son en forma alguna Historia, pues casi siempre se realizan con perspectivas artísticas y estéticas, subjetivismo del autor (literato) o simple añoranza y recreación comparativa con nuestros días, sin ánimo evidente de analizar en profundidad, comparar o calibrar objetividades. Obviamente Literatura e Historia no son la misma cosa. En el ámbito científico de la Historia requerimos informaciones con la mayor verosimilitud, contraste y cotejo de fuentes,

aproximación histórica contextual, sometimiento al rigor histórico con el análisis correspondiente e interpretación atinada. Se trata de hacer acopio de fuentes complementarias, que ofrecen una mayor amplitud de miradas sobre hechos socio-económicos, políticos o culturales de momentos concretos, etapas o perspectivas históricas. Lógicamente, las fuentes testimoniales están sembradas de virtudes y carencias.

En esta ocasión traemos a colación una muestra relevante de una fuente histórica. Hemos elegido una referencia extraordinariamente ejemplificativa de cómo estos documentos históricos aportan no pocas bondades a ciertos periplos de la Historia de Villanueva del Duque. Entiéndase que es (aquí) simplemente bosquejo de una actividad que, sin embargo, evidencian las posibilidades de trabajo del historiador. Hemos elegido, decimos, las palabras un pastor que constituyen (como fuentes) informaciones destacadas de un pasado notorio de la Historia de esta villa. Es la voz vibrante de otro tiempo. Un hombre que vive la juventud en los últimos estertores del mundo tradicional, en un sector económico esencial de la subsistencia de esta población y comarca. Francisco Salado Barbero (n. 1957), a quien nos referimos, no es solamente un nativo de esta población, sino que sufre en sus carnes una realidad completamente alejada de nuestras existencias actuales; no es una mirada externa, sino directamente implicado en economías agropecuarias completamente desaparecidas. Sus palabras tienen el vigor de transportarnos en la máquina del tiempo, reviviendo no solamente situaciones en superficie, sino ofreciendo datos precisos de formas de vida; un lenguaje precioso y preciso de un mundo muy específico sobre la ganadería del ovino, cuando regían aún las leyes y fundamentos del Antiguo Régimen. Su voz, las palabras y hechos que refiere son tanto como retrotraernos varios siglos hacia atrás. Es un hombre que emigra en su madurez a Barcelona, transformando de lleno el estilo de vida y formas existenciales de sus mayores –por los derroteros del mundo actual–, pero en su cabeza prevalecen intactas las semillas del pasado, que conoce como nadie, pudiendo recrear con la mayor solvencia un mundo desaparecido. Repetimos que su historia no es un cuento –como a veces nos recrean algunos, con cierto sentido literario de espectacularidad para conmovernos en pose de miseria o degradación–, sino una realidad fehaciente que pertenece a Villanueva del Duque y comarca en parámetros económicos de supervivencia. Que en absoluto eran distintos de toda España. Francisco lo vive, recuerda y escribe (El Chozo, Ed. Mareotis, 2022) con la pluma aséptica de un notario (ayudado de la celosa mano de Carmelo Cañete Rubio). Es una verdad que puede o no conmovernos, pero ante todo constituye un testimonio histórico de primera magnitud. Nuestro análisis e interpretación personal de sus palabras sentencian con fruición los principales valores históricos de aquel mundo desaparecido.

El testimonio de Francisco Salado Barbero (Vva. del Duque, n. 1957) es la historia descarnada del pastoreo de Villanueva del Duque, Alcaracejos, El Viso y todo el contorno de Los Pedroches. Una historia sin florituras, con verdades como puños. Es la vida misma que traspasa con mucho la ficción. Es una verdad que duele, tan contundente y dura que cualquier novelación resultaría ridícula y falsa. Con menos de veinte años (porque emigra a los 18 años) en su haber en el oficio realiza un retrato espectacular. De sus palabras, aún punzantes como escarpas –sin acritud sobre lo vivido, simplemente con consciencia–, aflora un contingente grande de aportaciones históricas con mucha verdad. Con voz nítida nos acerca por nacimiento y desarrollo de actividad a los pueblos de Villanueva del Duque, Alcaracejos (donde se trasladaron), El Viso y otros límites de la Mancha. Ofrece detalles precisos y concretos de los cortijos donde la familia desarrolla las actividades, así como las magníficas referencias de otras complementarias que ocupan sus vidas; asimismo sobre los propietarios (“los amos”), rebaños y tenencias que referencian magníficamente las dependencias del ganadero (dueño de las ovejas); las relaciones laborales, tratos, concertos y estipendios al uso. El avezado pastor, muy joven y en ciernes, disecciona con mano maestra el amplísimo abanico de actividades realizadas (por la familia) con secuencias precisas de jornadas, temporadas, complementariedades, etc. Es decir, un elenco de referencias existenciales de primera mano, cual máquina del tiempo, recreándonos en el conocimiento de nuestra historia, para realizar los análisis comparativos pertinentes e interpretaciones atinadas junto a otras fuentes. Todo ello sembrado, obviamente, por el tamiz de la emoción que representa revivir en primera persona vivencias y periplos existenciales de otro tiempo que a veces (muchas) nos causan rubor, otras emoción incontentada, y casi siempre aprecio de poder completar en mayor o menor medida recovecos de las peripecias humanas. Esa es la gran labor de la Historia.

Veamos algunos testimonios de este pastor en ciernes, analizados con el trépano de un historiador. Francisco Salado nace en Villanueva del Duque en los últimos años de los cincuenta (n. 1957), cuando gran parte del mundo (no España) desplegaba alas de desarrollo económico y democrático; sin embargo, aún prevalece en Los Pedroches el mundo tradicional como fiel reflejo del pasado histórico. Es hijo de María Josefa Amor (Vva. Duque, n. 1920) y Teodoro Salado Benítez (Vva. del Duque, n. 1911). El pequeño villaduqueño prontamente (desde las primeras semanas de vida) se incorpora a la existencia pastoril, al entorno de la dehesa y del encinar, las jaras, retamas y lentiscos; al arrullo del balido de las ovejas, ladridos de perros, cabras y otros ganados. La vida en el retuécano del tempero agrio de Los Pedroches, de largos fríos intensos y calores arrebatadores. La historia de los pastores –aún en los entornos rurales (no trashumantes)– es y debe comprenderse siempre como una existencia colectiva. Es una historia familiar. Todo el núcleo básico de la familia está implicado en la actividad, que esencialmente se desarrolla en





cortijos, apriscos, majadas, etc. Todos andan siempre, en mayor o menor medida, al retortero del pastor, con obligaciones específicas de cada uno de los miembros (pastor, madre, zagales...). Desde niño vive el pequeño Francisco las bondades y gravámenes del oficio. De una parte el abrigo intenso de los padres (amor, cuidados...), con las bondades de un entorno descarnado de la naturaleza, bajo los auspicios inclementes (a veces) del imperio del cielo y la tierra, el sol y la lluvia, los árboles, pululantes estrellas u el sonido de los pájaros, grillos, lobos. Completamente alejados del mundo urbanita actual. En el capítulo de los perjuicios graves se encuentra el aislamiento social (de la mayoría), las acusadas carencias educativas (que tanto lamenta el pastor, sin acudir escuela habitualmente; aprender las letras

en el suelo...¡ahhh!) y la incorporación temprana a un mundo laboral completamente inadecuado para un niño. La vida de nuestro pastor se desenvuelve entre los pueblos de Vva. del Duque (Ronda del Ejido, 43), Alcaracejos (calle del Morcón, después Calvo Sotelo y Nueva) y los chozos de diferentes cortijos (o dependencias).

Los pastores tradicionales de las últimas centurias trabajan y viven generalmente (a veces no) en diferentes cortijos, dependiendo de no pocas variables (temporalidad, amos, precariedad de las ganancias...), teniendo habitualmente que desplazarse con medios tradicionales (burra...) y asistencia de recursos ajenos (camiones, en los últimos años). El testimonio de Francisco Salado resulta elocuente de la movilidad de su padre (pastor). La familia vive en varias fincas, que acreditan bien la existencia semoviente de los pastores: El Risco (camino de El Soldado, 3 ó 4 Km.), Cortijo de Silverio “El Baboso” (en Los Jarales), El Ochavo, Las Cabezas (dirección Santa Eufemia), Los Santiagos (prox. a Belalcázar, límite de arroyo Tamujar y el Guadamatilla), Cortijo de la Bóveda (en Los Jarales), Cortijo de Tierra Abajo (Villanueva del Duque y Villaralto, por el camino de Fuente de la Estrella), Cortijo de Campo el Medio (Villanueva), C. Casa de Las Cruces (Hinojosa del Duque, entre los arroyos Cascajoso y Cañada Morena, junto al cortijo de La Barquera); Cortijo de Las Alegrías y La Granjera (El Viso y sur de Alcaracejos); otros fuera de Córdoba, como el Cortijo de La Tabla (Almadenejos, Ciudad Real). Una vida ajetreada e insegura al tenor de los rebaños, la escuálida solidez de la vida en los chozos y alguna casa cortijera -o dependencia auxiliar- de criados sin apenas acomodos. Esa es la vida de los últimos pastores y zagales en Villanueva del Duque y comarca. No obstante, debe quedar claro que dicha conformación existencial no fue exactamente así en el discurso histórico. La vida del pastoreo Villaduqueño estuvo en las centurias pasadas sometida a otros ejes de vida y actividad a tenor de la diferente conformación territorial y económica de los terrazgos. Como dejamos estudiado, Villanueva del Duque estuvo sometida al imperio señorial de Hinojosa y Belalcázar, y por ende a los titulares del señorío, pero muy especialmente a la conformación del término (de los condes, duques) y tierras de Propios y Comunes (de Hinojosa, El Allozo y El Retamal), que definen un espacio mancomunado, sin propietarios particulares. En tal situación se entiende bien que el pastoreo histórico se realice bajo esos presupuestos, que afectan en términos profesionales, tierras y praxis cotidiana con las ovejas. Los cortijos del s. XIX y XX constituyen un hecho puntual, sabido es, derivado del proceso desamortizador del s. XIX devenido de la enajenación de bienes señoriales (primero) y municipales (desamortizaciones), que dan lugar a una nueva explotación y pastoreo. Esa es la nueva y última estampa del oficio del pastor, recluido en propiedades autónomas cerradas, con propietarios particulares que definen un tipo específico de explotación, la actividad diaria de sus pastores y la orientación diferente de los gananciales (corderos, leche, carne...). Las nuevas delimitaciones físicas de las cortijadas, con mayor o menor definición (de piedras o lindes...), representan una parte importante de la actividad de los pastores y zagales, como veremos más adelante.

El chozo constituye, en otro orden de cosas, el hábitat natural de los pastores. Más aún, porque es el hábitat prístino y esencial de los primeros vecinos de Villanueva del Duque en sus estadios primigenios. En nuestros trabajos históricos hemos dejado asentado que El Allozo y El Retamal surgen en la Baja Edad Media como asentamientos precarios de vecindad de Hinojosa: en nuevos lugares del espacio oriental del Señorío, evitando regresar por la noche, que con el tiempo dan lugar primeramente a los denominados lugares, aldeas y posteriormente villas. Hablamos de la ocupación real de las tierras del Tarragoso y Hardales, donde algunos vecinos vinculados a la actividad pastoril empiezan a vivir en las “chozas pajizas” que acredita la documentación: es decir los chozos de madera y paja que seguirán utilizando los pastores que secundan la tradición, no solamente en materiales (paja, madera...), sino en técnicas y formas que hacer, que constituyen una singularidad en la región. Los instrumentos de archivo resultan

elocuentes en su decir: “...se acogían de noche en una casa pajiza e de monte de retama e madera que allí fizo el dicho su padre a manera de choça, allí donde tenía su lavor...”. Son los chozos de los pastores; esos que pasarán a las centurias siguientes. Francisco dice que lo siente (el chozo) como su auténtica piel, y bien creemos que así sea, porque la vida en esos términos imprime carácter. Los que él define con precisión son chozos realizados por el padre, levantados con el magisterio de la tradición, la habilidad inmensa de los hombres de campo y el concierto inexcusable de los instrumentos de la naturaleza. No existe, claro está, ningún hábitat más adaptado al medio. Ecología pura. La construcción requiere de condiciones determinadas. Primeramente cercanía a la casa del cortijo de los amos (entre cien y trescientos metros), proximidad de agua y buen emplazamiento. La ubicación concreta no es baladí. Nuestro pastor refiere que el progenitor realiza el chozo en terreno liso, con un poco (muy poco) de pendiente y cerca del pozo (para cargar agua con cántaras, cerca), en el entorno de chaparros, jaras y retamas. La composición del hábitaculo surge de forma natural, siguiendo los dictados de los ancestros: marcando una cruz en el suelo con el garrote, dando varias zancadas a un sentido y otro, marcando nuevas cruces; trazando después simplemente los arcos entre las cruces de los distintos cardinales para conformar el óvalo. La planta está definida en el suelo. Francisco ha visto otros chozos de planta circular, pero el de su padre –dice– era ovoide.

Definida la traza de las cruces, se avanza un paso más (60 o 70 cm.) para cavar con el azadón los agujeros (para



embutir los troncos directores), en los diferentes extremos citados. A partir de ahí arrancan los troncos del chozo, disponiendo la parte más gruesa abajo (en las zanjas realizadas), al tiempo que la más fina en forma de Y se inclina hacia el centro; en la alineación definida (el ovalo) se van disponiendo troncos más pequeños hacia el centro (siempre con forma de Y), atándolos finalmente (entre sí). Francisco rememora con buena precisión la necesidad, previa, de preparar las cuerdas elaboradas con juncias (trenzadas), mojadas y maleables para ser operativas en el atado. Los susodichos troncos atados conforman –como dice el pastor– la estructura o jaula del chozo (el esqueleto). La operación

subsiguiente consiste en la colocación interior de varetones de retama verde (de dos o tres metros; y unos 3 ó 4 cm. de diámetro), dúctil y maleable, comenzando desde abajo y atando progresivamente a los troncos exteriores. La disposición estructurada en hileras (cada 50 cm.) conforma lo que se conoce como el anillado: es decir, el revestimiento interior. La unión de estructura y retamal da coherencia y solidez al conjunto. El proceso siguiente consiste en vestir al chozo. Se trata, obviamente, de recubrir con paja de la rastrojera el andamiaje previamente descrito (de 50 ó 60 cm.): manojos de 20 ó 25 cm. de grueso, dispuestos en todas las superficies, atados con varetones de juncias interior y exteriormente. Mayor y mejor material se aplicaba a veces, claro, cogiendo el cereal antes de segar, que no era siempre posible en términos de justicia (de los amos). La puerta, finalmente, se realiza con paja y varetones de retama prosiguiendo los dictados del chozo. Los pastores, padres e hijo, levantan el chozo en quince días. Sabiduría popular.



Chozo tradicional de paja y madera elaborado en el Museo de Los Pastores de Villaralto

En los atrezos de la construcción se encuentra, pues, la estructura de madera, la cubierta de paja, cuatro losas de pizarra y poco más: troncos, fardos de paja y retama. Como dice Francisco, son frágiles paredes de paja anillada con varetas de retama que protegen del frío y la lluvia; suelo de piedra pisada o precario empedrado de losas de pizarra embutidas en la tierra. Como dicta el refrán: “solos ante el peligro”. Afuera el rugido del viento, el balido de las ovejas y el opaco negror de la noche. Dentro el calor humano de la familia, ante un pequeño fuego

para calentar la noche, con los camastros (con patas de encina, somier de cuerdas y colchón de paja) hábilmente repartidos (padres a un lado, y hermanos al otro); en el resto del espacio se dispone el arcón de los enseres con la ropa y cacharros de cocina. El escuálido mobiliario se reduce a los taburetes medianos de madera y corcho. En el exterior, el





“Peralguillo” habla alto y claro de la habitabilidad: la rama que se coloca a tres o cuatro metros de la puerta del chozo, en el exterior, para asidero de perolas y sartenes, trébedes y haberes de subsistencia básica. Al arrimo de un chaparro, corre la noche tachonada de estrellas cobijando a la familia al calor del fuego. Es el pequeño “hogarín” encendido en el exterior en los meses apacibles de primavera y verano. El chozo es, por lo tanto, el sustento vital más importante del pastor en el campo. En este rudimentario hábitat viven los pastores de Villanueva del Duque y Los Pedroches hasta bien cumplida la década de los setenta, cuando existen leyes gubernamentales que prohíben, explícitamente, la vida en estos habitáculos, que empiezan a considerarse indignos e insalubres. Cómo es de cruel la diosa Clío (de la Historia) en el revolver de los tiempos. Es el final definitivo de las “Casas pajizas” que comenzaron su proceso en tierras de El Allozo y El Retamal allá por el s. XIV.

La actividad pastoril es la esencia de su existencia. El tráfigo del oficio es continuo. El pastoreo es oficio de siempre, tan antiguo como la humanidad. Los hombres del campo, de antes, siempre tienen cosas que hacer. La temporalidad estacional les añade además tareas (por los pastos, desplazamientos, parideras, etc.), obteniendo de media –como dice nuestro pastor– un amplio segmento diario de doce o catorce horas de trabajo. El quehacer diario se sustantiva en los cortijos en meter y sacar el ganado de los rediles, abrevadero (en pozos, charcas, aguaderos...), descanso en los sestiles, guarda y acarreo, cuidados especiales, complemento alimentario... Con jornadas especialmente intensas en época de parideras, multiplicándose el trabajo con el cuidado de madres estabuladas y crías, ordeños de leche al amanecer, etc. Así como el especial cuidado con las privaciones de leche de algunas ovejas para amamantar corderos (a menudo las primerizas), teniendo que garantizar la subsistencia con otras con sistemas tradicionales: con la tradicional técnica de utilizar una buena oveja lechera, con cordero muerto, quitándole la piel y poniéndosela por encima a otro necesitado, para que la madre lo adopte de inmediato por el olor.

Hay trabajo para todos. Francisco Salado es propiamente zagal, ayudando al padre (que actúa como mayoral), trajinando con las ovejas y realizando todo tipo de actividades de menor responsabilidad: sustituyendo al progenitor constantemente; sacando y metiendo las ovejas en apriscos y rediles; extrayendo agua del pozo y llenando los abrevaderos, vigilando sembrados, etc. Ayudando al padre en la poda y tala de la dehesa, sin remuneración alguna, porque como dice el amo –sentencia Francisco con amargo sentido de la ironía y la justicia– “es que es solo un muchacho, Teodoro” (para cobrar; no para trabajar). Con la costumbre por bandera, y el peso de la tradición a espuestas, los niños y jóvenes realizan el trabajo sin el menor percatado de injusticia o explotación. A los diez años se consideraba una edad aceptable para el trabajo remunerado: en 1973 nuestro pastor, con 16 años, cobra como zagal del “Chucho” (un buen amo, dice, en Villanueva del Duque) setenta y cinco pesetas, cuidando sesenta o setenta ovejas. Era la costumbre, dice el pastor. No se percibía como algo impuesto por la fuerza.

Otros trabajos y actividades son, casi siempre, complementarios de la actividad de los pastores de antaño. En lo más próximo destaca el pastoreo esporádico de tercerías, a decir, rebaños de ovejas de varios socios con aportaciones pequeñas de ganado, como las que cuida esta familia, como recuerda la temporada de pastor en concierto con Cipriano, Pepe “El Grillo” y el Guardia. El pastor pone el trabajo, claro, los otros las ovejas. El desplazamiento de ovejas de unos a otros lugares (para aprovechar rastrojeras...), o de otros ganaderos, cambiando de cortijos a los mejores majadales, o simplemente llevar los corderos al sacrificio (al tren), constituye otra tarea complementaria: desplazamiento de corderos desde Las Morras hasta el redil de la Estación de Alcaracejos, etc. Bien conoce el pastor, desde pequeño, la importancia del manso y el cencerro en los desplazamientos (para guiar el rebaño), teniendo siempre uno para dicha actividad. En la complementariedad cotidiana están, también, las ayudas constantes al amo, que no son minucias: acarreo de cereal y labores de otro género no pastoril, etc.; asimismo la tala del encinar para



el “ramón” de la majada diaria (siembra del año venidero). Tala y poda por demás. Téngase en cuenta que ofrecer sustento diariamente al ganado es una cosa, y otra distinta la limpieza del bosque del encinar. Las podas del encinar se realizan con la luna de diciembre. Francisco aprende en el tajo del pastoreo el oficio de la tala, la corta desde la zona central (en el centro de la copa), dejando las grandes ramas expansivas (al aire libre) para garantizar la cosecha de bellotas. Y por supuesto, cuando hay, el trabajo de huerta (extracción del agua, riego...). Sin necesidad de mencionar las rutinas domésticas (echar de comer a los cerdos, cuidar gallinas y perros...) de enjundia, como es la tradicional matanza, que representa el principal sustento de la familia a lo largo del año y es tarea enjundiosa. Quién no recuerda, con algunos

años auestas, la grandiosidad del día de la matanza.



Vista general del pastoreo tradicional en la rastrojera

De otra parte, el padre de Francisco Salado trabaja en periodos intermitentes en la Mina del Chaparro Barrenao y otras explotaciones del momento, moviéndose siempre en el entorno de El Chaparro, Las Morras, Rosalejo, El Soldado, etc. Actividades duras siempre, claro, pero no estrictamente de minero y peor remuneradas: lavado de minerales, escombreras, acarreo de escorias, aguador. Y otra vez al tajo del pastor. En otras ocasiones el pastor trabaja, a salto de mata, en los esporádicos adacentamientos de los caminos de carro realizados por el municipio: cavando, rellenando charcos, cunetas, etc.; como aguador

en la construcción del depósito municipal (de Alcaracejos). Es el inconmensurable tráfago de un pastor en ciernes que, en los umbrales de los sesenta años, ve con mucha claridad las sombras de la vida y horizontes negros de la muerte.

La vertiente económica de la actividad pastoril es sustancial para la subsistencia de la familia. Se trata de una actividad tradicional, y como tal está definida rigurosamente por contratos (ajustes) y ganancias de forma consuetudinaria. Difícil coyuntura tiene España, con escaso desarrollo y progreso, para avanzar novedades en la medianía del s. XX. Así pues, los pastores prosiguen con los dictados del pasado. Francisco Salado recuerda bien la referencia del calendario anual con los hitos fundamentales. Por San Miguel (29 de septiembre), esencialmente, todos los años los pastores concluyen los contratos, teniendo que renovar o cambiar, según las circunstancias de cada cual. Como dicta la tradición: contar el ganado y cambiar de pastor (si procede). Ahí se hecha la suerte del destino: no en vano los pastores lo denominan el “día de los perros perdidos”. No es un trago fácil, porque de todo hay en la viña del señor: buenos y malos amos; poco y mucho tajo en el trabajo; ganancias escuálidas; nuevos horizontes más prósperos, ilusiones inciertas, etc. Los ajustes de pastoreo son medidos estrictamente en condiciones. Se trata de una documentación histórica extraordinariamente relevante, pues resulta muy expresiva para comprender la valoración del trabajo, sustentación familiar, usos y costumbres, etc. Datos históricos esenciales para una comparativa con otros lugares. La hatería constituye, sobra decirlo, la provisión que se les da a los pastores (bienes y víveres) a cambio del trabajo. El testimonio de Paco Salado resulta esclarecedor en la descripción del trato que realiza su padre en el sesenta y seis con Juan José Remonta: un diez por ciento de borregos nacidos y vendidos en la temporada, que se paga cuando se vende (con setenta u ochenta libras); diez por ciento de vellón del esquila de las ovejas, realizado entre el 15 y el 25 de mayo (que prevalecía en casa del amo, y cuando se vendía se pagaba); otro diez por ciento de leche, obligándose al ordeño de las ovejas y desplazamiento del blanco líquido a la casa del amo de Villanueva del Duque diariamente (desde abril hasta mayo). Asimismo queda en el ajuste la entrega de cuatro fanegas de grano, principalmente cebada y avena. Comprende la contrata también permiso para tener y pastar (yerbas, bellota, pasto de rastrojera...) en el cortijo la burra, gallinas (seis o siete y un gallo) y el cerdo de la matanza. En términos alimentarios la hatería es sustancial, toda vez que representa el abastecimiento de harina para el año (para hacer el pan, bizcochos, dulces...), con cinco litros de aceite en envase de latón de casa del amo, a recoger cada treinta o cuarenta días.

La hatería constituye, pues, el sustento básico tradicional. Cuando se sustituye por estipendio económico o salario tampoco es sobrada la ganancia. Bien elocuente resulta el testimonio fiel del pastor en la medianía de los sesenta, en el cortijo manchego de La Tabla (Ciudad Real), donde el progenitor trabaja por noventa pesetas diarias y treinta más para él como zagal con once años; en una finca de ochocientas hectáreas al cuidado de 560 cabezas de ovejas y cabras (treinta de las últimas). Cinco años después, en 1970, el jornal del pastor ronda entre las cien y ciento veinticinco pesetas, que es lo que le pagan en el cortijo de Las Cabezas, que como bien dice, no existía gran diferencia entre lo que pagaba uno u otro amo. No obstante, avanzaban los tiempos en algunos extremos, como la implantación de la costumbre en los setenta de realizar contratos por escrito. Claro síntoma de que la “Palabra”, que siempre fue santo y seña de honestidad e integridad entre las gentes del campo, empezaba a perder vigor.

Las relaciones sociales de los pastores tienen un estrecho margen, cuando habitan en los chozos. Juntamente a los cortijos son lugares aislados, y la intensa actividad diaria apenas si permite ningún exceso de tiempo. Simplemente los atardeceres, cuando cae la noche, o momentos especiales son propicios. Las referencias testimoniales se circunscriben a las visitas al cortijo del amo o cortijos limítrofes con vecinos próximos: para tomar un vaso de vino los hombres, y el esporádico juego de los niños de las cortijadas. También son elocuentes las fricciones constantes





de los pastores, a veces con otros, de formas y caracteres distintos (de buena y mala fama, caracteres...), y en ocasiones con los amos que exigen sujeción constante a maneras y estilos de trabajo, plusvalías, desvaríos personales, etc. Los encontronazos de pastores con los propietarios (y otros pastores) marcan hitos en la vida del pastoreo, porque guardan implicaciones graves de condiciones de vida, abandono del tajo, traslados de chozos, etc. Cualquier altercado con el amo –dicen los pastores– puede poner tu vida en la talanquera. Nada extraña la frase elocuente de nuestro testimonio cuando –por una disputa de tener o no tener perro en el cortijo con el amo–, el padre tiene siempre en boca la expresión “veremos si no tenemos toros”. Esta es esencialmente la vida de los pastores de la última hornada de estancias en los cortijos. Nada, o muy poco, tiene que ver con la de aquellos pastores trashumantes de La Mesta cuya vida discurre por la senda de libertad diaria, aunque también sometida (a veces) a los grandes propietarios de ganado, que sin embargo se encuentran en la lejanía. Tampoco se parecen mucho estas relaciones sociales a las estampas que recrea la literatura bucólica (églogas... Diana de Montemayor, etc.) cervantina del quinientos (Diana de Montemayor, La Galatea de Cervantes...), de acopio de pastores (trasmutados de personas sencillas a personajes de novela) conviviendo alegremente en las majadas, en rústicos chozos, ambientes distendidos de noches largas quejumbrosas y chascarrillos, precariedad alimentaria de vino y queso en rústica mesa de piedra, chismorreos a espuerta y devaneos amorosos de forja literaria. No obstante la veta artística, no dejan de ser una panorámica verídica de una realidad social de facto, que Cervantes conoce al dedillo por sus andanzas por toda España. Los pastores y cabreros que nos retrata El Quijote con pluma maestra reflejan muy bien ese otro pastoreo de la Edad Media y Modernidad (s. XVI-XIX), y de los pastores (Sancho, dice, ha sido pastor...), de los intrincados lares de Sierra Morena donde les vemos pacer al ganado, departiendo por las noches los amores de Gisóstomo y Marcela. Fácilmente observamos la presencia de pastores ricos (Camacho) y pobres (Basilio), humildes pastores, zagales y cabreros que señorean la noche con animosidad de supervivencia, pero en convivencia social bien distinta a la de los pastores de los Cortijos de Villanueva del Duque. Aunque la humildad, sacrificio y dignidad eran bien parejos en ambos casos.

La vida pastoril sentencia en palabras de Francisco una existencia completa. Es una forma de vida atada al ganado; una economía precaria sometida a mil precariedades; un ir y venir sin luz al final del túnel, con el cencerro y el zurrón siempre a cuestas. Una forma de subsistencia centenaria que tampoco puede ocultar las bondades de vida en sintonía con la naturaleza, amor y cuidado constante de los animales; no solamente para garantizar la salud y cura de enfermedades, sino para favorecer la mejora de las especies. Muy elocuente resulta la anotación de Francisco, sorprendido, cuando su padre realiza con los serranos de La Mesta (que vienen del norte con sus ganados a pastar a Extremadura) cambios de borregos para renovar “la sangre del rebaño”. El progenitor sentencia con una frase lapidaria: “Es una costumbre antigua”. La tradición mesteña le queda grabada al niño, con las explicaciones paternas del origen soriano de aquellas gentes procedentes del Puerto de Oncalia (Alta Soria) y los límites con Baja La Rioja. En algunos de nuestros trabajos desarrollamos el tema con profusión. Villanueva del Duque estuvo históricamente sujeta a los vaivenes de la institución de La Mesta. En nuestro estudio sobre esta población (Lucha histórica por la libertad, 2011) dejamos demostrado cómo los pastores de Castil Frío de Soria bajaban anualmente sus rebaños, en términos itinerantes, para corregir las deficiencias meteorológicas de Castilla y Andalucía (frio en invierno, y calor en verano en Andalucía), utilizando los pastos del sur. Para ello arriendan los pastos necesarios con los correspondientes protocolos notariales fijando las condiciones de tierras, ganados y costes. Así como las gestiones correspondientes con el conde de Belalcázar para los nombramientos de oficiales de La Mesta, exenciones sobre Hinojosa (como la dedicación habitual de la dehesa de Calzadilla al vacuno, en lugar del ovino), etc. Nada extraña por lo tanto la relación de los pastores procedentes del norte con los de nuestros pueblos, que beben de la sabiduría ancestral de un oficio trashumante. La importancia capital que tuvieron antaño las cañadas y cordeles de La Mesta no se valoran suficientemente: no solamente por la cuestión pastoril y sus derivadas (lo concerniente al conocimiento de ovejas, majadas...), sino la transmisión de valores culinarios, arquitectónicos, costumbres, formas de hacer, etc.

Ovejas pastando en Los Pedroches
(fotografía de Rafael Sánchez de Pozoblanco)



El mundo del pastor constituye todo un universo. El testimonio fidedigno de Salado Barbero, con palabras sembradas de franqueza, abren horizontes de conocimiento del pasado en no pocas vertientes –inabarcables aquí– de extraordinaria importancia para el conocimiento de un mundo profesional completamente desaparecido. El lenguaje pastoril constituye, sobra decirlo, una de las perspectivas más interesantes, enjundiosas en concepto y de mayor sabor. Como tantas veces se ha dicho, el lenguaje es quien mejor define la existencia humana: porque los nombres definen el mundo que conocemos; ofrece matices descriptivos no solamente de la materialidad, sino de conceptos existenciales; está sembrado de afectos y consideraciones conceptuales, símbolos, etc. Todo lo que abarca nuestro lenguaje (nuestro imaginario lingüístico) es lo que pone límite a nuestro mundo. Lo que no está en nuestro lenguaje no existe realmente. Casi nada. Por ello la simple reflexión del lenguaje pastoril constituye un auténtico bagaje histórico que se está perdiendo. Realmente emociona escuchar (a mí, por lo menos) las palabras de Paco Salado hablando con naturalidad de los rebaños y piaras (referidas a cerdos; pero también a un contingente reducido de ovejas ágiles, 50 o 60), los distingos de apriscos y rediles, cualificar con precisión majadas y sesteaderos, lindes y mojoneras con la conformación material bien interiorizada; recordar con tedio el “acarreo” (desplazamiento) consuetudinario; hablar de los instrumentos del pastor con espontaneidad, refriendo jarapas y manecas (ataduras cuerda de los pies de las caballerías), albarcas...; la utilización de expresiones pastoriles habituales de la profesión que siempre nos sorprenden a quienes no hemos vivido ese mundo: “tirar de garrote” (abandonar un tajo determinado); “templar los cencerros” (afinar el sonido); “calentar los varetones del chozo”, “renovar la sangre” (intercambiar borregos de los serranos del norte), “perros de carea” (directores de rebaño); descartar las ovejas “ortuñas” (las que no se prestan a la adopción de corderos), etc. Las citadas pinceladas constituyen un botón de muestra del anchuroso campo de estudio de esta perspectiva tan sembrada de horizontes de conocimiento. Necesariamente tenemos que recuperar un habla y un lenguaje pastoril timbrado de riquezas léxicas y semánticas que están desaparecidas prácticamente de nuestro mundo.

Cencerros en el Museo del Pastor de Villaralto



En fin, son algunos retazos testimoniales de un pastor tradicional; de un oficio habitual en Villanueva del Duque y comarca perdido en el olvido del tiempo. Nuestro pastor, como tantos otros, abandonará el tajo de las ovejas con dieciocho años en la medianía de los setenta hacia el próspero horizonte de Cataluña. No reniega de lo vivido, valorándolo en lo más satisfactorio, pero siendo consciente y crítico de las perversidades del oficio y de un tiempo aletargado que regía en España desde muchos siglos atrás. Francisco admira profundamente a sus padres, el aire libre, el campo, los animales y todo lo que ofrece el medio natural. Tuvo una infancia feliz, a pesar de los fríos, calores y carencias; con el sol y las

estrellas como techo de su mundo de infancia, los árboles y el agua de los arroyos. Con nada del mundo se paga el disfrute diario de los colores del amanecer y puesta de sol, el olor a yerba mojada, el sonido de los cencerros y piar de las aves; el canto de la perdiz, el arrullo de la paloma torcaz o el ulular de las lechuzas. El pastor sentencia que cualquier tiempo pasado no es mejor. Eran otros tiempos. El joven pastor vive en el recuerdo las incertidumbres sempiternas de San Miguel, el horizonte inmenso de los nuevos tajos, campos y rebaños, nuevas majadas y apriscos, y la disposición constante para ocupar un nuevo chozo.

Sobran las palabras. Quedan en evidencia en nuestras líneas –sobre el pasado pastoril– las relevancias de las fuentes testimoniales en la reconstrucción de la Historia. Ningún documento escrito o protocolarizado resulta tan elocuente como una fuente oral de la tradición, testimonio directo, porque siempre –como hemos podido ver– están bruñidas con el aliento de la vida, la emoción y verdad a espaldas de quienes vivieron momentos del pasado en sus propias carnes. Ellos y solo ellos son capaces de trasladarnos en la máquina del tiempo a las verdades de la Historia. He dicho.

